

## EL CONTEXTO ACTUAL DE LA FILOSOFÍA Y LA HISTORIA DE LA CIENCIA

Juan Francisco Martín del Castillo  
*I.E.S. Mesa y López (Las Palmas de Gran Canaria)*

*Resumen. En el presente, se ofrece una breve reconstrucción histórica de la evolución de la Filosofía y la Historia de la Ciencia hasta hoy y, además, una visión panorámica del estado actual de ambas disciplinas.*

Filosofía e Historia de la Ciencia, a comienzos del siglo XX y aun antes, divergían en sus caminos<sup>1</sup>. Parecía que el filósofo de la ciencia no entraba en las disputas de la historiografía científica, ni mucho menos lo ambicionaba, y, de su parte, el historiador de la ciencia, prendido de los ideales positivistas *sensu stricto*, se mostraba remiso a establecer categorías globales sobre los hechos estudiados, lo que hizo de la disciplina poco más que un testigo enciclopédico de la evolución de la ciencia a través de su historia. En cierta manera, esta corriente de pensamiento perdura hoy día en el común de los investigadores en una forma que hace nacer la sospecha sobre las propuestas teóricas que puedan exhibir.

La naturaleza, enfoque y contenidos de la Filosofía de la Ciencia cambiaron drásticamente en los albores de la década de los 20 del pasado siglo. Al introducir el Círculo de Viena el criterio de demarcación en los interiores del discurso científico o en los textos con susceptibilidad teórica manifiesta<sup>2</sup>, la perspectiva filosófica sobre la ciencia alcanzó un hito importante en la elucidación concreta de los términos empleados por los hombres de ciencia en sus tareas de referencia. A un paso por detrás, la Historia de la Ciencia actuaba en similar perfil, no obstante preferir una primigenia colección de datos histo-

<sup>1</sup> Sobre esta distinta evolución, cfr. John LOSEE, *Introducción histórica a la filosofía de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1981, 3ª. ed.

<sup>2</sup> Al respecto, cfr. Alan F. CHALMERS, *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Madrid, Siglo XXI, 1986, 4ª. ed.

riográficos relevantes. Es el tiempo de Pierre Duhem y su colosal obra sobre la ciencia medieval<sup>3</sup>, pero también la época de George Sarton (1884-1956) y la celebrada *Introducción a la Ciencia*<sup>4</sup>, que abrió muchos ojos en torno a la nueva área de investigación.

Por lo general, en el período de entreguerras, la Historia de la Ciencia establece un modelo clásico de elaboración histórica, muy comprensivo con el hombre-científico y exhaustivo con la recopilación de las fuentes documentales. Gran parte de los historiadores prestigiosos de la materia encuentra su acomodo en aquellos años, todavía con el aura de la primera hornada de investigadores de peso. El cuerpo doctrinal de esta forma de hacer historia es bastante simple, precisamente porque desdeña la esfera sociocultural y hace hincapié en la sucesión teórica de los desarrollos científicos, quedando en un segundo plano, de irrelevancia objetiva, la competencia social en los terrenos de la ciencia. En un memorable congreso<sup>5</sup>, un historiador ruso despertó del letargo positivista e internalista a la mayoría de los colegas occidentales con una contribución sobre las raíces socioeconómicas de los *Principia* de Newton<sup>6</sup>. Así hizo entrada en la Historia de la Ciencia el fermento ideológico, amparando obras muy desiguales (por ejemplo, la de Edgar Zilsel)<sup>7</sup>, pero entre las que cabe destacar con holgura la presencia indiscutible de John D. Bernal (1901-1971), declarado partidario de la simiente social en la génesis de los supuestos científicos<sup>8</sup>. Su labor es sólo comparable a la *Historia Social del Arte* de Arnold Hauser (1951)<sup>9</sup>.

<sup>3</sup> Pierre DUHEM, *Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon a Copernic*, París, Hermann, 1913-1959.

<sup>4</sup> El título original de esta monumental e inacabada contribución es *Introduction to the History of Science, 1927-1948*, 3 vols.

<sup>5</sup> II Congreso Internacional de Historia de la Ciencia y Tecnología (1931), celebrado en Londres.

<sup>6</sup> El historiador tenía por nombre Boris Mijaílovich Hessen y era uno más entre la concurrida delegación soviética desplazada al evento. Cfr. Pablo HUERGA MELCÓN, *La ciencia en la encrucijada*, Oviedo, Fundación Gustavo Bueno, 1999; "Raíces filosóficas de Boris Mijaílovich Hessen: crítica al mito del externalismo de Boris Hessen", en *Llull* 24/51 (2001) 347-395.

<sup>7</sup> Entre la madeja de personajes de la época prebélica, este autor tardó en ser conocido por la historiografía internacional aunque ya anticipaba, en cierto modo, las ideas de Hessen y otros investigadores de la Europa Oriental. En una publicación de 1929 ("Philosophische Bemerkungen", *Der Kampf* [cfr. E. ZILSEL (1992) *Wissenschaft und Weltanschauung. Aufsätze 1929-1933*, editado por W. Mozetic, Viena, 1992, pp. 31-44; cita: 41-42 (traducción nuestra)]), declara que "la parte socioeconómica del conocimiento es mucho más evidente que las características generales que uno tiene en cuenta sobre el pensamiento. Así es necesario un punto de vista marxista sobre la concepción científica del mundo". Luego este perfil teórico pasó a denominarse con notable éxito la "Tesis de Zilsel".

<sup>8</sup> Incluso su hija, en un artículo en recuerdo de la figura histórica de su padre, expone que la convivencia familiar estaba marcada por esas señas de identidad, además informa que era "un hogar altamente político". Cfr. Jane BERNAL, "J. D. Bernal", en *Llull*, 24/51 (2001), 605-628.

<sup>9</sup> Así publicó, en 1965, el clásico *Science in History*. (Hay traducción castellana, no muy posterior a la edición original, que lleva por título *Historia Social de la Ciencia* [Barcelona, Península]).

Conforme avanzaba la cualificación profesional de los intérpretes de la Historia de la Ciencia, íbase admitiendo la pertenencia de sus currículos en las facultades de las universidades. Al principio, de manera tímida, especialmente en los países de lengua anglosajona, para luego tomar carta de reconocimiento explícito en las carreras experimentales y, sobre todo, como especialidad en los programas impartidos en las de humanidades. En España, se produjo un fenómeno singular, del que todavía pende el área en un porcentaje bastante elevado, y es la asimilación de la Historia de la Ciencia en conjunto a la carrera de Medicina<sup>10</sup>, lo que inevitablemente traía como consecuencia la práctica y difusión de sus métodos y contenidos en el sector profesional médico o biomédico.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la Filosofía y la Historia de la Ciencia se consolidan. La primera, debido al estallido que ocasionó *La lógica del descubrimiento científico* del angloaustriaco Karl R. Popper. En la década de los 30, cuando fue publicado el original en alemán, pasó en la práctica desapercibido, pero, una vez traducido al inglés al filo de los 50, granjeó al filósofo una fama internacional. Es entonces el momento en que el debate filosófico se centra en la controversia acerca de los pormenores del falsacionismo como valor epistemológico. De otro lado, la Historia de la Ciencia vive una época de reflexión interna a partir de los conceptos introducidos por Robert K. Merton en su no menos famosa tesis doctoral, editada por la revista *Osiris*<sup>11</sup> (fundada por Sarton a principios de siglo); la discusión sobre el proceder de los historiadores socialistas en el campo de la evolución de la ciencia y, por último, el especial encanto de los escritos del francorruso Alexandre Koyré. Esta etapa de silencio teórico –o, por lo menos, aparente distanciamiento de las corrientes filosóficas en boga– no tardará en dar sus frutos.

Mientras la Filosofía de la Ciencia observa atenta su fulgurante desarrollo, en paralelo, la Historia de la Ciencia modifica su estatus teórico de manera paulatina pero segura. Todavía en sazón la escuela falsacionista, irrumpen en la palestra los estudios seminales de Derek J. Solla Price<sup>12</sup> y, de un modo significativo, *La estructura de las revoluciones científicas* (1962) de Thomas S. Kuhn (1922-1996). Ambos autores, aunque separados en orientación profesional y formación académica, promueven un giro sociologista e historicista tanto en la Filosofía como en la Historia de la Ciencia. Por momentos, los filósofos, profesionales de la disciplina, viven sometidos al estrés de un trepidante fuego teórico. La perspectiva cambia y rueda contra sí misma: el trabajo reali-

<sup>10</sup> Véanse Mariano HORMIGÓN, "La Historia de la Ciencia en el tercer ciclo en España", en *Llull* 13/24 (1990) 182-200; Alberto GOMIS, "Historia de la Ciencia e Historias de las Ciencias: Espacio universitario", en Elena AUSEJO y M<sup>a</sup> Carmen BELTRÁN (eds.), *La enseñanza de las ciencias: una perspectiva histórica*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2000, tomo I, pp. 255-269.

<sup>11</sup> Robert K. MERTON, "Science, Technology and Society in Seventeenth Century England", en *Osiris*, IV/2 (1938) 360-632. (Hay versión española de Néstor Miguez, de 1984, para Alianza Editorial).

<sup>12</sup> Por ejemplo, *Little Science, Big Science*, Nueva York, Columbia University Press, 1963.

zado hasta entonces, sobre todo de cariz terminológico y fundante, cae hecho trizas. Nace una óptica distinta sobre la construcción histórica de la ciencia.

Kuhn, en el *Prefacio a La Tensión Esencial* (edición original de 1977), describe parcialmente la situación provocada e informa de los orígenes intuitivos y personales de la enunciación de los paradigmas. Definitivamente, la Historia de la Ciencia adquiere voz propia en el circuito académico. Ya no habrá vuelta atrás: el relieve de las tesis historicistas hará inviable el camino de retroceso. La corriente de exégesis historiográfica arrasa en las primeras manifestaciones consecuentes con la proposición teórica de Kuhn y Solla Price. Incluso hubo una coincidencia temporal con el auge de los movimientos de renovación antropológica y sociológica. Los *ismos* de índole teórica se superponen en el resto de las taquillas académicas, pero, en la Historia de la Ciencia, hubo un frenazo evidente.

La Filosofía de la Ciencia corresponde al despliegue bibliográfico de su hermana disciplinar con el *boom* del estructuralismo norteamericano y alemán. Las tesis de Sneed-Moulines, en los Estados Unidos, o el prolijo desarrollo de los modelos de Stegmüller, en Centroeuropa, resuelven la modernidad del canon filosófico reinante. Sin embargo, en la década de los 80 hay un punto de inflexión en la correspondencia entre la Filosofía y la Historia de la Ciencia. El surgimiento de la *Sociología del Conocimiento Científico* (SCC)<sup>13</sup> determina una quiebra en el *status quo* de la univocidad del pensamiento de profusión teórica.

Más que nunca la sociología infunde criterio en la reconstrucción histórico-filosófica de la discursividad científica y tecnológica. Libros señeros van editándose a medida que la caracterización teórica alcanza la entraña de la ciencia. La latitud geográfica de las obras originales se desliza hacia el continente europeo, marginando ocasionalmente al mundo crítico estadounidense. Británicos, holandeses y belgas, a los que se añaden, en progresivo número, galos, escandinavos y centroeuropeos en general, modifican el panorama. Descuellan, con todo, tres escuelas o enfoques doctrinales<sup>14</sup>: el constructivismo social (por ejemplo, el del neerlandés Wiebe Bijker), la teoría actor-red (de Callon) y el paradigma sociotécnico o sistémico de T. P. Hughes. En muchos puntos la apuesta es común, no obstante en otras realidades son, en lo radical, absolutamente diferentes. La similitud se halla cobijada en las demandas iniciales de simetría y vigor del factor social. Además, todas al unísono confiesan superar el determinismo y la claustrofobia teórica proporcionada por la vieja división entre cultura científica y cultura humana, proveniente de C. Snow.

---

<sup>13</sup> Una visión crítica, desde una posición próxima al "Estudio Social de la Ciencia", es la que ofrece el audaz Steve WOOLGAR, *Ciencia: abriendo la caja negra*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 38 y ss. (La original edición inglesa es de 1988).

<sup>14</sup> Cfr. Eduardo AIBAR, "La vida social de las máquinas: orígenes, desarrollo y perspectivas actuales en la sociología de la tecnología", en *REIS* 76 (1996) 141-170.

El parámetro simétrico<sup>15</sup> merece un breve comentario, habida cuenta la importancia que retiene. Unánimemente critican que la reconstrucción histórica se cimiente en las corrientes exitosas de la ciencia, orillando los fracasos o tentativas fallidas. Quizá estas últimas hayan logrado un estudio específico, pero jamás el mismo trato epistemológico que los grandes hallazgos científicos. Los sociólogos mantendrán que debe haber una identidad en la traslación histórica y crítica de los desarrollos de la ciencia, fueran cuales fueran.

Realmente, las obras teóricas escasearon, doblegándose la investigación a la realización de estudios de caso. La Escuela de Edimburgo (Donald MacKenzie o Steven Shapin, por citar algunos miembros reconocidos) adquiere justa celebridad, pero no le andan a la zaga los franceses como Callon o Bruno Latour. Sucede, en esta tesitura, una parcialidad discriminatoria entre los defensores del denominado *Programa Fuerte* de la SCC, que enfatizan las relaciones con el modelo heredado de la vieja Filosofía de la Ciencia, y los postulantes de un *Programa Débil*, mucho más dúctiles con el horizonte de la entrada de criterios alternativos en la elucidación teórica de la ciencia<sup>16</sup>. En la senda abierta por Paul Feyerabend, en *Adiós a la razón* (1984) por ejemplo, se mueven las últimas, que terminan por admitir un cierto populismo en las tesis originales<sup>17</sup>. Así, pues, la etnometodología o antropología científica de Ubiratán D'Ambrosio<sup>18</sup> y Bruno Latour<sup>19</sup>, respectivamente, se hacen un hueco cada vez mayor.

A todas éstas, la Filosofía de la Ciencia tradicional, recluida en los claustros docentes universitarios, observa aterrorizada el efecto mediático de la Sociología del Conocimiento Científico. Pronto las respuestas comienzan a hacerse públicas. Ubican el movimiento en una extemporánea *Anticiencia* (Bunge<sup>20</sup> y Holton<sup>21</sup>) y diseñan una estrategia de contraataque de inusitada virulencia. El argentino Mario Bunge, afincado en Canadá desde hace bastante tiempo, es uno de sus principales adalides y, basándose en su acreditada poligrafía, critica, analiza y anatematiza los errores de los "anticientíficos"<sup>22</sup>. En los años 90, sin embargo, alcanzó gran difusión el *affaire Sokal*, al

<sup>15</sup> El principio de simetría formulado por David Bloor (*Knowledge and Social Imagery*, Chicago, University of Chicago Press).

<sup>16</sup> Cfr. Carlos SOLÍS SANTOS, *Razones e intereses. La historia de la ciencia después de Kuhn*, Barcelona, Paidós, 1994, capítulo 3.

<sup>17</sup> En palabras del propio Feyerabend (*Adiós a la razón*, Madrid, Tecnos, 1987, p. 59): "no hay razones que obliguen a preferir la ciencia y el racionalismo occidental a otras tradiciones, o que les presten mayor peso".

<sup>18</sup> U. D'AMBROSIO, *Ethnomathematics. The Art or Technique of Explaining and Knowing*, Las Cruces, NMSU/ISGEM, 1998 (ed. original en portugués de 1990).

<sup>19</sup> B. LATOUR y S. WOOLGAR, *Laboratory Life. The Construction of Scientific Facts*, Princeton: Princeton University Press, 1986. (Hay traducción castellana en Alianza Editorial, de 1995).

<sup>20</sup> Mario BUNGE, *La relación entre la sociología y la filosofía*, Madrid, EDAF, 2000, *passim*.

<sup>21</sup> Gerald HOLTON, *Ciencia y anticiencia*, Madrid, Nivela, 2001, capítulo 6.

<sup>22</sup> Cfr. Mario BUNGE, *op. cit.*, capítulos 8 a 10.

incluir un perverso artículo en las páginas de *Social Text*<sup>23</sup>, órgano de la reciente oleada sociologista, con la acreditación de su sólida formación física. No tardó en descubrirse el pastel y la consiguiente confabulación para desprestigiar a la escuela de interpretación social de la ciencia (en inglés: *Social Science Studies*).

A estas alturas, el asunto ha quedado superado, aunque se guarda en la memoria el impacto creado en la esfera académica. En el nuevo siglo, la disputa se ha enquistado entre los profesionales del medio, con un diálogo de sordos vestido con la más elegante de las disposiciones. El abismo entre los tradicionalistas y los *anticientíficos* se ha ahondado sin remisión posible por ahora. Ha habido un férreo cierre de filas en torno a los ideales prístinos de la realidad científica, en el pensamiento de los primeros<sup>24</sup>; y, en cuanto a los segundos, he de precisar un comentario de mayor extensión.

La *Anticiencia* ha corrido dispar suerte en los tiempos presentes. Sus partidarios han pretendido esconderse de las feroces críticas de los neopositivistas guareciéndose en publicaciones periódicas muy específicas, de corte elitista, o, cuando no, concentrar el ímpetu correligionario en un único órgano de expresión. Esta línea de acción ha cautivado a los más, por encontrar en ella un recurso académico de fácil manejo. Sin embargo, en modo alguno significa que renuncien al ideal de la conquista social de sus propuestas. No existe, pues, reclusión o disipación de promesas de conocimiento público. Es otra la ambición que genera este particular activismo ideológico, fraguado en la contienda diaria con los detractores de la SCC. Entienden que con tal postura se incentiva el diálogo de las partes, la profilaxis de los argumentos y criterios expositivos y se afina, por ende, la delimitación de los cuerpos teóricos. Uno de los actuales *gurús* del concepto sociológico de la actividad tecnocientífica, el profesor Steve Fuller, incluso ha llegado a crear una revista (*Social Epistemology*) en la que dar cabida a los artículos que ultimen una reflexión brillante al respecto. Curioso homenaje el tributado, justamente, a uno de sus libros más recomendados, que llevaba por título el mismo lema<sup>25</sup>. Pero no queda ahí la iconoclasta apuesta de Fuller sino que ha distorsionado, o quizá enrarecido,

<sup>23</sup> Alan SOKAL, "Trangressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity", en *Social Text* 46/47 (1996) 217-252.

<sup>24</sup> Aparte de la extensa producción del profesor Bunge, sus discípulos hispanoamericanos no pierden el tiempo en reseñar títulos que no encuentren cobertura teórica en la tendencia neopositivista. Por ejemplo, el reciente y desfachatado volumen *Pensar la Ciencia. Estudios críticos sobre obras filosóficas (1950-2000)*, Madrid, Tecnos, 2004, cuya autoría corresponde a los docentes Miguel Espinoza y Roberto Torretti. Por otro lado, esto no invalida la digna y más que estimable investigación sobre la materia realizada en aquellos países hermanos, cfr. Pablo LORENZANO, y Fernando TULA MOLINA (eds.), *Filosofía e historia de la ciencia en el Cono Sur*, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes Ediciones, 2002. Además, para un breve y actualizado repaso historiográfico, al menos a la bibliografía de la república argentina, véase Nicolás BABINI y Miguel de ASÚA, "La Historia de la Ciencia en Argentina en el último cuarto de siglo", en *Llull*, 26/56 (2003) 731-738.

<sup>25</sup> Steve FULLER, *Social Epistemology*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.

el ambiente, ya de por sí en mal estado, de la Filosofía y la Historia de la Ciencia. La edición de su *opus* sobre Kuhn<sup>26</sup> y, sobre todo, las afirmaciones que en él se contienen han hecho acreedor al británico tanto de severos correctivos como de efusivas muestras de reconocimiento. La *tesis de Fuller*, en epónimo exitoso, ha dinamitado el contexto filosófico-histórico, pues presentar a Kuhn como un propalador de clichés pseudorrevolucionarios no cuadraba con los verificados hasta este momento, ni tampoco desligarlo de la corriente crítica del pensamiento filosófico sobre la ciencia. En tal sentido, llega a sostener que Thomas S. Kuhn ha sido innecesariamente “canonizado”<sup>27</sup> por la Historia de la Ciencia reciente, además como producto de un contexto muy particular habido entre los físicos profesionales norteamericanos, y generado a raíz del término de la Segunda Guerra Mundial; como también declara que la obra cumbre del historiador, la *Estructura en sí misma*, se ha tornado en un mito contemporáneo<sup>28</sup> de la historiografía.

Un autor, poco conocido en los palenques hispanos, que ha sobresalido en los últimos años, ha sido el profesor Jan Golinski. Famoso por una obra introductoria al constructivismo y la interpretación social de la ciencia<sup>29</sup>, al punto que en ella se ha creído ver la moderna *Biblia* del movimiento. Aún cohabitan alternantes enfoques, como el *Public Understanding of Science* (PUS), de ascendencia neerlandesa<sup>30</sup>, que limitan su ámbito a la expresión del *ethos* científico en el mundo actual, sacrificando la vertiente histórica. De otra parte, los emergentes *Post-colonial science studies*<sup>31</sup> están haciendo furor entre los historiadores de la ciencia de procedencia extraeuropea, aunque, contraria y mayoritariamente, su desempeño profesional se lleve a cabo en las universidades del viejo continente. Sus objetivos son varios<sup>32</sup>, y no siempre coordinados entre sí, porque desean la recuperación y dignificación de los saberes científicos de las culturas no-occidentales pero, además de esta loable meta, se atreven a poner en entredicho los conceptos y métodos clásicos de la ciencia establecida en Occidente y, en punto a esto, coinciden con las propuestas teóricas de otros autores quizás menos inquietos por el respeto a las culturas asiáticas o indoeuropeas, aunque sí motivados por el cuestionamiento de la tradición consolidada en Europa y América. Por si fuera poco, los investiga-

<sup>26</sup> Steve FULLER, *Thomas Kuhn: A Philosophical History for Our Times*, Chicago, University of Chicago Press, 2001.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 379 y ss.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, p. 380: “Ironically, what Kuhn presented as the ‘real’ history of science in *Structure* itself turned out to be a myth”.

<sup>29</sup> Jan GOLINSKI, *Making Natural Knowledge: Constructivism and the History of Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

<sup>30</sup> Aunque ha extendido su radio de acción a la investigación mundial, ya que posee una revista internacional con el mismo nombre (*Public Understanding of Science*), que ya va por el volumen número 13, correspondiente al año en curso.

<sup>31</sup> Cfr. Ziauddin SARDAR, *Thomas Kuhn and the Science Wars*, Cambridge, Icon Books Ltd., 2000, pp. 51-56.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, pp. 73-74 (donde se encontrará una definición de tales objetivos).

dores hispanos han hecho sus pinitos en tal ruedo, siendo evaluados positivamente en el campo de la *Ciencia, Tecnología y Sociedad* (CTS). En fin, la Filosofía de la Ciencia recupera al parecer el terreno ganado por la Historia de la Ciencia en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Este ha sido el panorama histórico-filosófico descrito como el contexto actual del área omnicomprensiva. Qué duda cabe que los desarrollos empíricos y, especialmente, los teóricos han de cubrir nuevas etapas de esperados resultados. En cuanto a España, la recepción de las teorías dibuja un mapa peculiar, ya que, en buena medida, los estudios CTS están sólidamente establecidos en señaladas facultades de Sociología, como, por ejemplo, la de la Universidad Complutense<sup>33</sup>. Pero, de todas maneras, ha habido una eficaz tarea de traducción de los originales extranjeros que, por una vez, no ha desligado a los investigadores de las campañas recientes de innovación metodológica, aparte de la refrescante partida de los becarios de programas de doctorado a los centros de vanguardia. Baste citar que, en 1996, ya estaba en la calle el volumen titulado *Ciencia, Tecnología y Sociedad*, editado por M. I. González García y otros (Madrid, Tecnos), que reparaba en las novedades introducidas por el avance sociológico. Sin embargo, el mérito mayor lo contrae el grupo dirigido por el profesor Emilio Lamo de Espinosa que fue, sin género de dudas, uno de los primeros en importar la realidad sociofilosófica producida allende las fronteras. Destaca, en tal sentido, el pionero, *La Sociología del Conocimiento y de la Ciencia* (Madrid, Alianza, 1994), verdadero acicate de la investigación en los momentos que se publicó.

Hoy en día, la realidad es que la contribución al enfoque disciplinar depende, al menos en la facultades de Filosofía, del gusto por estas tendencias o, tal vez, de la afinidad de criterios. No obstante, en la Universidad de Salamanca, la citada madrileña, en la de Barcelona<sup>34</sup>, en la Universidad del País Vasco<sup>35</sup>, en la Pública de Navarra (con Rafael Pardo<sup>36</sup>), en parte de la de La Laguna<sup>37</sup> y algunas otras parcialmente se sigue adelante con los proyectos de la Sociología del Conocimiento Científico o el amplio espectro de la CTS.

<sup>33</sup> Debido a la importante actuación de algunos investigadores, como el malogrado Esteban Medina. Cfr. E. MEDINA, *Conocimiento y sociología de la ciencia*, Madrid, CIS, 1989.

<sup>34</sup> Véase, como ejemplo, de esas investigaciones, el temprano volumen de A. ÁLVAREZ, R. MÉNDEZ y A. MARTÍNEZ, *Tecnología en acción*, Barcelona, RAP, 1993.

<sup>35</sup> Mikel OLAZARÁN, "Controversias y emergencias del conexionismo: Una perspectiva histórica y sociológica", en *Revista Internacional de Sociología* 4 (1993) 91-122.

<sup>36</sup> Verbigracia, una de sus publicaciones pioneras, R. PARDO, "Sociología y Ciencia Cognitiva", en *Revista de Occidente* 119 (1993) 151-174.

<sup>37</sup> Por ejemplo: Teresa GONZÁLEZ DE LA FE y J. SÁNCHEZ NAVARRO, "Las sociologías del conocimiento científico", en *REIS* 43 (1988) 75-124; Teresa GONZÁLEZ DE LA FE, "Ciencia, Conocimiento Científico y Sociología (Algunas reflexiones sobre el estado actual de la Sociología del Conocimiento Científico)", en *Revista Internacional de Sociología* 4 (1993) 7-37.